title : Poesía

creator : Góngora, Luis de (1561-1627)

editor : Antonio Carreira

copyeditor : Jaime Galbarro (stylage)

copyeditor : Sara Pezzini

issued : 2014

licence : <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/fr/>

publisher : Université Paris-Sorbonne, LABEX OBVIL

# 255 Fábula de Polifemo y Galatea

Al conde de Niebla

    Estas, que me dictó, rimas sonoras,

culta sí, aunque bucólica, Talía,

oh excelso conde, en las purpúreas horas

que es rosas la alba y rosicler el día,

ahora que de luz tu Niebla doras,

escucha, al son de la zampoña mía,

si ya los muros no te ven, de Huelva,

peinar el viento, fatigar la selva.

    Templado, pula en la maestra mano

el generoso pájaro su pluma,

o tan mudo en la alcándara, que en vano

aun desmentir al cascabel presuma;

tascando haga el freno de oro, cano,

del caballo andaluz la ociosa espuma;

gima el lebrel en el cordón de seda,

y al cuerno, al fin, la cítara suceda.

Treguas al ejercicio sean, robusto,

ocio atento, silencio dulce, en cuanto

debajo escuchas, de dosel augusto,

del músico jayán el fiero canto.

Alterna con las musas hoy el gusto,

que, si la mía puede ofrecer tanto

clarín, y de la Fama no segundo,

tu nombre oirán los términos del mundo.

Donde espumoso el mar Sicilïano

el pie argenta de plata al Lilibeo,

bóveda o de las fraguas de Vulcano

o tumba de los huesos de Tifeo,

pálidas señas cenizoso un llano,

cuando no del sacrílego deseo,

del duro oficio da. Allí una alta roca

mordaza es a una gruta, de su boca.

Guarnición tosca de este escollo duro

troncos robustos son, a cuya greña

menos luz debe, menos aire puro,

la caverna profunda, que a la peña;

caliginoso lecho, el seno obscuro

ser, de la negra noche, nos lo enseña

infame turba de nocturnas aves,

gimiendo tristes y volando graves.

De este, pues, formidable de la tierra

bostezo el melancólico vacío

a Polifemo, horror de aquella sierra,

bárbara choza es, albergue umbrío

y redil espacioso donde encierra

cuanto las cumbres ásperas cabrío,

de los montes, esconde: copia bella

que un silbo junta y un peñasco sella.

Un monte era de miembros eminente

este (que, de Neptuno hijo fiero,

de un ojo ilustra el orbe de su frente,

émulo casi del mayor lucero)

cíclope, a quien el pino más valiente

bastón le obedecía, tan ligero,

y al grave peso junco tan delgado,

que un día era bastón, y otro, cayado.

Negro el cabello, imitador undoso

de las obscuras aguas del Leteo,

al viento que lo peina, proceloso,

vuela sin orden, pende sin aseo;

un torrente es, su barba, impetüoso

que, adusto hijo de este Pirineo,

su pecho inunda, o tarde o mal o en vano

surcada, aun de los dedos de su mano.

No la Trinacria en sus montañas fiera

armó de crüeldad, calzó de viento,

que redima feroz, salve ligera

su piel manchada de colores ciento:

pellico es ya la que en los bosques era

mortal horror al que con paso lento

los bueyes a su albergue reducía,

pisando la dudosa luz del día.

Cercado es, cuanto más capaz más lleno,

de la fruta, el zurrón, casi abortada,

que el tardo otoño deja al blando seno

de la piadosa hierba, encomendada:

la serba, a quien le da rugas el heno;

la pera, de quien fue cuna dorada

la rubia paja y, pálida tutora,

la niega avara y pródiga la dora.

Erizo es, el zurrón, de la castaña

y, entre el membrillo o verde o datilado,

de la manzana hipócrita, que engaña

a lo pálido no, a lo arrebolado,

y de la encina (honor de la montaña,

que pabellón al siglo fue dorado)

el tributo: alimento, aunque grosero,

del mejor mundo, del candor primero.

Cera y cáñamo unió, que no debiera,

cien cañas, cuyo barbaro rüido,

de más ecos que unió cáñamo y cera

albogues duramente es repetido;

la selva se confunde, el mar se altera,

rompe Tritón su caracol torcido,

sordo huye el bajel a vela y remo:

tal la música es, de Polifemo.

Ninfa de Doris hija, la más bella,

adora, que vio el reino de la espuma;

Galatea es su nombre, y dulce en ella

el terno, Venus, de sus Gracias suma.

Son una y otra luminosa estrella

lucientes ojos de su blanca pluma:

si roca de cristal no es de Neptuno,

pavón de Venus es, cisne de Juno.

Purpúreas rosas sobre Galatea

la Alba entre lilios cándidos deshoja:

duda el Amor cuál más su color sea,

o púrpura nevada o nieve roja.

De su frente, la perla es, eritrea,

émula vana; el ciego dios se enoja

y, condenado su esplendor, la deja

pender en oro al nácar de su oreja.

Invidia de las ninfas y cuidado

de cuantas honra el mar deidades era;

pompa del marinero niño alado

que sin fanal conduce su venera.

Verde el cabello, el pecho no escamado,

ronco sí, escucha a Glauco la ribera

inducir a pisar, la bella ingrata,

en carro de cristal, campos de plata.

Marino joven, las cerúleas sienes

del más tierno coral ciñe Palemo,

rico de cuantos la agua engendra bienes

del Faro odioso al Promontorio extremo,

mas en la gracia igual, si en los desdenes

perdonado algo más que Polifemo,

de la que, aún no lo oyó y, calzada plumas,

tantas flores pisó como él espumas.

Huye la ninfa bella, y el marino

amante nadador ser bien quisiera,

ya que no áspid a su pie divino,

dorado pomo a su veloz carrera.

Mas, ¿cuál diente mortal, cuál metal fino

la fuga suspender podrá, ligera,

que el desdén solicita? ¡Oh, cuánto yerra

delfín que sigue en agua corza en tierra!

Sicilia en cuanto oculta, en cuanto ofrece,

copa es de Baco, huerto de Pomona:

tanto de frutas esta la enriquece

cuanto aquel de racimos la corona.

En carro que estival trillo parece

a sus campañas Ceres no perdona,

de cuyas siempre fértiles espigas

las provincias de Europa son hormigas.

A Pales su viciosa cumbre debe

lo que a Ceres, y aun más, su vega llana,

pues si en la una granos de oro llueve,

copos nieva en la otra mil de lana.

De cuantos siegan oro, esquilan nieve

o en pipas guardan la exprimida grana,

bien sea religión, bien amor sea,

deidad, aunque sin templo, es Galatea,

sin aras no: que el margen, donde para,

del espumoso mar, su pie ligero,

al labrador, de sus primicias ara,

de sus esquilmos es al ganadero;

de la Copia a la tierra poco avara

el cuerno vierte el hortelano, entero,

sobre la mimbre que tejió, prolija

Si artificiosa no, su honesta hija.

Arde la juventud, y los arados

peinan las tierras que surcaron antes,

mal conducidos, cuando no arrastrados,

de tardos bueyes, cual su dueño errantes;

sin pastor que los silbe, los ganados

los crujidos ignoran resonantes

de las hondas, si en vez del pastor pobre

el céfiro no silba o cruje el robre.

Mudo la noche el can, el día, dormido,

de cerro en cerro y sombra en sombra yace;

bala el ganado; al mísero balido,

nocturno el lobo, de las sombras, nace;

cébase y, fiero, deja humedecido

en sangre de una lo que la otra pace.

¡Revoca, Amor, los silbos, o a su dueño

el silencio del can sigan, y el sueño!

La fugitiva ninfa, en tanto, donde

hurta un laurel su tronco al Sol ardiente,

tantos jazmines cuanta hierba esconde

la nieve de sus miembros, da a una fuente.

Dulce se queja, dulce le responde

un ruiseñor a otro, y dulcemente

al sueño da sus ojos la armonía,

por no abrasar con tres soles el día.

Salamandria del Sol, vestido estrellas,

latiendo el can del cielo estaba, cuando,

polvo el cabello, húmidas centellas,

si no ardientes aljófares, sudando,

llegó Acis y, de ambas luces bellas

dulce occidente viendo al sueño blando,

su boca dio, y sus ojos cuanto pudo,

al sonoro cristal, al cristal mudo.

Era Acis un venablo de Cupido,

de un fauno, medio hombre, medio fiera,

en Simetis, hermosa ninfa, habido,

gloria del mar, honor de su ribera.

El bello imán, el ídolo dormido,

que acero sigue, idólatra venera,

rico de cuanto el huerto ofrece, pobre,

rinden las vacas y fomenta el robre:

el celestial humor recién cuajado

que la almendra guardó, entre verde y seca,

en blanca mimbre se lo puso al lado,

y un copo, en verdes juncos, de manteca;

en breve corcho, pero bien labrado,

un rubio hijo de una encina hueca,

dulcísimo panal, a cuya cera

su néctar vinculó, la primavera.

Caluroso, al arroyo da las manos

y, con ellas, las ondas a su frente,

entre dos mirtos que, de espuma canos,

dos verdes garzas son de la corriente.

Vagas cortinas de volantes vanos

corrió Favonio lisonjeramente,

a la, de viento cuando no sea, cama

de frescas sombras, de menuda grama.

La ninfa, pues, la sonorosa plata

bullir sintió, del arroyuelo, apenas,

cuando, a los verdes márgenes ingrata,

seguir se hizo de sus azucenas.

Huyera, mas tan frío se desata

un temor perezoso por sus venas,

que a la precisa fuga, al presto vuelo

grillos de nieve fue, plumas de hielo.

Fruta en mimbres halló; leche exprimida,

en juncos; miel en corcho; mas sin dueño,

si bien al dueño debe, agradecida

su deidad, culta, venerado, el sueño.

A la ausencia mil veces ofrecida,

este de cortesía no pequeño

indicio la dejó, aunque estatua helada,

más discursiva y menos alterada.

No al cíclope atribuye, no, la ofrenda;

no a sátiro lascivo, ni a otro feo

morador de las selvas, cuya rienda

el sueño aflija que aflojó el deseo.

El niño dios, entonces, de la venda,

ostentación gloriosa, alto trofeo

quiere que al árbol de su madre sea

el desdén hasta allí de Galatea.

Entre las ramas del, que más se lava

en el arroyo, mirto levantado,

carcaj de cristal hizo, si no aljaba,

su blanco pecho, de un arpón dorado;

el monstro de rigor, la fiera brava,

mira la ofrenda ya con más cuidado,

y aun siente que a su dueño sea, devoto,

confuso alcaide más, el verde soto.

Llamáralo, aunque muda, mas no sabe

el nombre articular que más querría,

ni lo ha visto, si bien pincel süave

lo ha bosquejado ya en su fantasía.

Al pie, no tanto ya, del temor, grave,

fía su intento, y tímida, en la umbría

cama de campo y campo de batalla,

fingiendo sueño al cauto garzón halla.

El bulto vio y, haciéndolo dormido,

librada en un pie toda sobre él pende

urbana al sueño, bárbara al mentido

retórico silencio que no entiende:

no el ave reina así el fragoso nido

corona inmóvil, mientras no desciende,

rayo con plumas, al milano pollo,

que la eminencia abriga, de un escollo,

como la ninfa bella, compitiendo

con el garzón dormido, en cortesía,

no solo para, mas, el dulce estruendo

del lento arroyo, enmudecer querría.

A pesar luego de las ramas, viendo

colorido el bosquejo que ya había

en su imaginación Cupido hecho

con el pincel que le clavó su pecho,

de sitio mejorada, atenta mira

en la disposición robusta aquello

que, si por lo süave no la admira,

es fuerza que la admire por lo bello:

del casi tramontado sol aspira,

a los confusos rayos, su cabello;

flores su bozo es, cuyas colores,

como duerme la luz, niegan, las flores.

En la rústica greña yace oculto

el áspid, del intonso prado ameno,

antes que del peinado jardín culto

en el lascivo, regalado seno:

en lo viril desata, de su vulto,

lo más dulce, el Amor, de su veneno;

bébelo Galatea, y da otro paso

por apurarle la ponzoña al vaso.

Acis, aun más de aquello que dispensa

la brújula del sueño vigilante,

alterada la ninfa esté, o suspensa,

Argos es siempre atento a su semblante,

lince penetrador de lo que piensa,

cíñalo bronce o múrelo diamante,

que en sus paladïones Amor ciego,

sin romper muros, introduce fuego.

El sueño de sus miembros sacudido,

gallardo el joven la persona ostenta

y, al marfil luego de sus pies rendido,

el coturno besar dorado intenta.

Menos ofende el rayo prevenido

al marinero, menos la tormenta

prevista le turbó, o pronosticada:

Galatea lo diga, salteada.

Más agradable y menos zahareña,

al mancebo levanta venturoso,

dulce ya concediéndole, y risueña,

paces no al sueño, treguas sí al reposo.

Lo cóncavo hacía de una peña

a un fresco sitïal dosel umbroso,

y verdes celosías unas hiedras,

trepando troncos y abrazando piedras.

Sobre una alfombra (que imitara en vano

el tirio sus matices, si bien era

de cuantas sedas ya hiló, gusano,

y artífice tejió, la primavera)

reclinados, al mirto más lozano

una y otra lasciva, si ligera,

paloma se caló, cuyos gemidos,

trompas de Amor, alteran sus oídos.

El ronco arrullo al joven solicita,

mas, con desvíos Galatea, suaves,

a su audacia los términos limita,

y el aplauso al concento de las aves.

Entre las ondas y la fruta, imita

Acis al siempre ayuno en penas graves,

que, en tanta gloria, infierno son no breve,

fugitivo cristal, pomos de nieve.

No a las palomas concedió Cupido

juntar de sus dos picos los rubíes,

cuando al clavel el joven atrevido

las dos hojas le chupa, carmesíes.

Cuantas produce Pafo, engendra Gnido,

negras vïolas, blancos alhelíes,

llueven sobre el que Amor quiere que sea

tálamo de Acis ya, y de Galatea.

Su aliento humo, sus relinchos fuego,

si bien su freno espumas, ilustraba

las columnas Etón, que erigió el Griego

do el carro de la luz sus ruedas lava,

cuando, de amor el fiero jayán, ciego,

la cerviz oprimió a una roca brava

que a la playa, de escollos no desnuda,

linterna es ciega y atalaya muda.

Árbitro de montañas y ribera,

aliento dio, en la cumbre de la roca,

a los albogues que agregó la cera,

el prodigioso fuelle de su boca;

la ninfa los oyó, y ser más quisiera

breve flor, hierba humilde y tierra poca,

que de su nuevo tronco vid lasciva,

muerta de amor y de temor no viva.

Mas, cristalinos pámpanos sus brazos,

amor la implica, si el temor la anuda,

al infelice olmo que pedazos

la segur de los celos hará, aguda.

Las cavernas en tanto, los ribazos

que ha prevenido la zampoña ruda,

el trueno de la voz fulminó luego:

referidlo, Pïérides, os ruego.

«¡Oh bella Galatea, más süave

que los claveles que troncó la Aurora;

blanca más que las plumas de aquel ave

que dulce muere y en las aguas mora;

igual en pompa al pájaro que, grave,

su manto azul, de tantos ojos dora

cuantas el celestial zafiro estrellas!

¡Oh tú, que en dos incluyes las más bellas!

»Deja las ondas, deja el rubio coro

de las hijas de Tetis, y el mar vea,

cuando niega la luz un carro de oro,

que en dos la restituye Galatea.

Pisa la arena, que en la arena adoro

cuantas el blanco pie conchas platea,

cuyo bello contacto puede hacerlas,

sin concebir rocío, parir perlas.

»Sorda hija del mar, cuyas orejas

a mis gemidos son rocas al viento:

o dormida te hurten a mis quejas

purpúreos troncos de corales ciento,

o al disonante número de almejas

(marino, si agradable no, instrumento)

coros tejiendo estés, escucha un día

mi voz, por dulce cuando no, por mía.

»Pastor soy, mas tan rico de ganados,

que los valles impido, más vacíos,

los cerros desparezco, levantados,

y los caudales seco, de los ríos:

no los que, de sus ubres desatados

o derivados de los ojos míos,

leche corren y lágrimas, que iguales

en número a mis bienes son mis males.

»Sudando néctar, lambicando olores,

senos que ignora aun la golosa cabra

corchos me guardan, más que abeja flores

liba inquïeta, ingenïosa labra;

troncos me ofrecen, árboles mayores,

cuyos enjambres, o el abril los abra

o los desate el mayo, ámbar distilan,

y en ruecas de oro rayos del sol hilan.

»Del Júpiter, soy hijo, de las ondas,

aunque pastor; si tu desdén no espera

a que el monarca de esas grutas hondas

en trono de cristal te abrace nuera,

Polifemo te llama, no te escondas,

que tanto esposo admira la ribera

cual otro no vio Febo, más robusto,

del perezoso Volga al Indo adusto.

»Sentado, a la alta palma no perdona

su dulce fruto mi robusta mano;

en pie, sombra capaz es, mi persona,

de innumerables cabras, el verano.

¿Qué mucho, si de nubes se corona

por igualarme, la montaña, en vano,

y en los cielos, desde esta roca, puedo

escribir mis desdichas con el dedo?

»Marítimo alcïón roca eminente

sobre sus huevos coronaba, el día

que espejo de zafiro fue luciente

la playa azul, de la persona mía;

miréme, y lucir vi un sol en mi frente

cuando en el cielo un ojo se veía:

neutra, el agua dudaba a cuál fe preste,

o al cielo humano o al cíclope celeste.

»Registra en otras puertas el venado

sus años, su cabeza colmilluda

la fiera cuyo cerro levantado

de helvecias picas es muralla aguda;

la humana suya el caminante errado

dio ya a mi cueva, de piedad desnuda,

albergue hoy por tu causa al peregrino,

do halló reparo, si perdió camino.

»En tablas dividida, rica nave

besó la playa miserablemente,

de cuantas vomitó riquezas grave,

por las bocas del Nilo, el orïente.

Yugo aquel día, y yugo bien süave,

del fiero mar a la sañuda frente

imponiéndole estaba, si no al viento

dulcísimas coyundas, mi instrumento,

»cuando entre globos de agua entregar veo

a las arenas, ligurina haya,

en cajas, los aromas del Sabeo,

en cofres, las riquezas de Cambaya,

delicias de aquel mundo, ya trofeo

de Escila, que, ostentado en nuestra playa,

lastimoso despojo fue dos días

a las, que esta montaña engendra, harpías.

»Segunda tabla a un ginovés mi gruta

de su persona fue, de su hacienda:

la una reparada, la otra enjuta,

relación del naufragio hizo, horrenda.

Luciente paga de la mejor fruta

que en hierbas se recline, o en hilos penda,

colmillo fue del animal que el Ganges

sufrir muros lo vio, romper falanges,

»arco, digo, gentil, bruñida aljaba,

obras ambas de artífice prolijo,

y de malaco rey a deidad java

alto don, según ya mi huésped dijo:

de aquel la mano, de esta el hombro agrava;

convencida la madre, imita al hijo:

serás a un tiempo, en estos horizontes,

Venus del mar, Cupido de los montes».

Su horrenda voz, no su dolor interno,

cabras aquí le interrumpieron, cuantas,

vagas el pie, sacrílegas el cuerno,

a Baco se atrevieron en sus plantas;

mas, conculcado el pámpano más tierno

viendo, el fiero pastor, voces él tantas

y tantas despidió la honda piedras,

que el muro penetraron de las hiedras.

De los nudos, con esto, más süaves,

los dulces dos amantes desatados,

por duras guijas, por espinas graves

solicitan el mar con pies alados:

tal redimiendo de importunas aves

incauto meseguero sus sembrados,

de liebres dirimió copia, así, amiga

que vario sexo unió y un surco abriga.

Viendo el fiero jayán con paso mudo

correr al mar la fugitiva nieve

(que a tanta vista el líbico desnudo

registra el campo de su adarga breve)

y al garzón viendo, cuantas mover pudo

celoso trueno antiguas hayas mueve:

tal, antes que la opaca nube rompa,

previene, rayo, fulminante trompa.

Con vïolencia desgajó infinita

la mayor punta de la excelsa roca,

que al joven, sobre quien la precipita,

urna es mucha, pirámide no poca.

Con lágrimas la ninfa solicita

las deidades del mar, que Acis invoca:

concurren todas, y el peñasco duro

la sangre que exprimió, cristal fue, puro.

Sus miembros lastimosamente opresos

del escollo fatal fueron apenas,

que los pies de los árboles más gruesos

calzó el líquido aljófar de sus venas.

Corriente plata al fin sus blancos huesos,

lamiendo flores y argentando arenas,

a Doris llega, que con llanto pío,

yerno lo saludó, lo aclamó río.

# 264 SOLEDADES

## AL DUQUE DE BÉJAR

Pasos de un peregrino son, errante,

cuantos me dictó versos dulce musa,

en soledad confusa

perdidos unos, otros inspirados.

¡Oh tú que, de venablos impedido,

muros de abeto, almenas de diamante,

bates los montes que, de nieve armados,

gigantes de cristal los teme el cielo,

donde el cuerno, del eco repetido,

fieras te expone que, al teñido suelo,

muertas, pidiendo términos disformes,

espumoso coral le dan al Tormes!:

arrima a un fresno el fresno, cuyo acero,

sangre sudando, en tiempo hará breve

purpurear la nieve,

y, en cuanto da el solícito montero

al duro robre, al pino levantado,

émulos vividores de las peñas,

las formidables señas

del oso que aun besaba, atravesado,

la asta de tu luciente jabalina,

o lo sagrado supla de la encina

lo augusto del dosel, o de la fuente

la alta zanefa lo majestüoso

del sitïal a tu deidad debido,

¡oh duque esclarecido!,

templa en sus ondas tu fatiga ardiente,

y entregados tus miembros al reposo

sobre el de grama césped no desnudo,

déjate un rato hallar del pie acertado

que sus errantes pasos ha votado

a la real cadena de tu escudo.

Honre süave, generoso nudo

libertad de Fortuna perseguida,

que a tu piedad, Euterpe, agradecida,

su canoro dará dulce instrumento,

cuando la Fama no su trompa, al viento.

## [SOLEDAD] PRIMERA

Era del año la estación florida

en que el mentido robador de Europa

(media luna las armas de su frente,

y el Sol todo los rayos de su pelo),

luciente honor del cielo,

en campos de zafiro pace estrellas,

cuando el que ministrar podía la copa

a Júpiter mejor que el garzón de Ida,

náufrago y desdeñado, sobre ausente,

lagrimosas de amor dulces querellas

da al mar; que condolido,

fue a las ondas, fue al viento

el mísero gemido

segundo de Arïón dulce instrumento.

Del siempre en la montaña opuesto pino

al enemigo noto

piadoso miembro roto,

breve tabla, delfín no fue pequeño

al inconsiderado peregrino

que a una Libia de ondas su camino

fïó, y su vida a un leño.

Del océano, pues, antes sorbido,

y luego vomitado

no lejos de un escollo coronado

de secos juncos, de calientes plumas,

alga todo y espumas,

halló hospitalidad donde halló nido

de Júpiter el ave.

Besa la arena, y de la rota nave

aquella parte poca

que lo expuso en la playa dio a la roca,

que aun se dejan las peñas

lisonjear de agradecidas señas.

Desnudo el joven, cuanto ya el vestido

océano ha bebido,

restituir le hace a las arenas,

y al Sol lo extiende luego,

que, lamiéndolo apenas

su dulce lengua de templado fuego,

lento lo embiste, y con süave estilo

la menor onda chupa al menor hilo.

No bien, pues, de su luz los horizontes,

que hacían desigual, confusamente

montes de agua y piélagos de montes,

desdorados los siente,

cuando, entregado el mísero extranjero

en lo que ya del mar redimió, fiero,

entre espinas crepúsculos pisando,

riscos que aun igualara mal volando

veloz, intrépida ala,

menos cansado que confuso, escala.

Vencida al fin la cumbre,

del mar siempre sonante,

de la muda campaña

árbitro igual e inexpugnable muro,

con pie ya más seguro

declina al vacilante

breve esplendor de mal distinta lumbre,

farol de una cabaña

que sobre el ferro está, en aquel incierto

golfo de sombras anunciando el puerto.

«Rayos —les dice—, ya que no de Leda

trémulos hijos, sed de mi fortuna

término luminoso». Y recelando

de invidïosa bárbara arboleda

interposición, cuando

de vientos no conjuración alguna,

cual haciendo, el villano,

la fragosa montaña fácil llano,

atento sigue aquella

(aun a pesar de las tinieblas bella,

aun a pesar de las estrellas clara)

piedra, indigna tïara

(si tradición apócrifa no miente)

de animal tenebroso, cuya frente

carro es brillante de nocturno día:

tal, diligente, el paso

el joven apresura,

midiendo la espesura

con igual pie que el raso,

fijo, a despecho de la niebla fría,

en el carbunclo, norte de su aguja,

o el austro brame o la arboleda cruja.

El can ya, vigilante,

convoca despidiendo al caminante,

y la que desvïada

luz poca pareció, tanta es vecina,

que yace en ella la robusta encina,

mariposa en cenizas desatada.

Llegó, pues, el mancebo, y saludado

sin ambición, sin pompa de palabras,

de los conducidores fue, de cabras,

que a Vulcano tenían coronado.

«¡Oh bienaventurado

albergue, a cualquier hora,

templo de Pales, alquería de Flora!

No moderno artificio

borró designios, bosquejó modelos,

al cóncavo ajustando, de los cielos,

el sublime edificio:

retamas sobre robre

tu fábrica son, pobre,

do guarda en vez de acero

la inocencia al cabrero,

más que el silbo al ganado.

¡Oh bienaventurado

albergue, a cualquier hora!

No en ti la Ambición mora,

hidrópica de viento,

ni la que su alimento

el áspid es, gitano;

no la que, en vulto comenzando humano,

acaba en mortal fïera,

esfinge bachillera

que hace hoy a Narciso

Ecos solicitar, desdeñar fuentes;

ni la que en salvas gasta impertinentes

la pólvora del tiempo más preciso:

ceremonia profana

que la Sinceridad burla, villana,

sobre el corvo cayado.

¡Oh bienaventurado

albergue, a cualquier hora!

Tus umbrales ignora

la Adulación, sirena

de reales palacios, cuya arena

besó ya tanto leño,

trofeos dulces de un canoro sueño.

No a la Soberbia está aquí la Mentira

dorándole los pies, en cuanto gira

la esfera de sus plumas,

ni de los rayos baja a las espumas

favor de cera alado.

¡Oh bienaventurado

albergue, a cualquier hora!»

No, pues, de aquella sierra, engendradora

más de fierezas que de cortesía,

la gente parecía

que hospedó al forastero

con pecho igual de aquel candor primero

que, en las selvas contento,

tienda el fresno le dio, el robre alimento.

Limpio sayal, en vez de blanco lino,

cubrió el cuadrado pino;

y en boj, aunque rebelde, a quien el torno

forma elegante dio sin culto adorno,

leche que exprimir vio la Alba aquel día,

mientras perdían con ella

los blancos lilios de su frente bella,

gruesa le dan y fría,

impenetrable casi a la cuchara,

del viejo Alcimedón invención rara.

El que de cabras fue dos veces ciento

esposo casi un lustro (cuyo diente

no perdonó a racimo aun en la frente

de Baco, cuanto más en su sarmiento:

triunfador siempre de celosas lides

lo coronó el Amor, mas rival tierno,

breve de barba y duro no de cuerno,

redimió con su muerte tantas vides),

servido ya en cecina,

purpúreos hilos es de grana fina.

Sobre corchos después, más regalado

sueño le solicitan pieles blandas

que al príncipe entre holandas

púrpura tiria o milanés brocado.

No de humosos vinos agravado

es Sísifo en la cuesta, si en la cumbre,

de ponderosa vana pesadumbre

es, cuanto más despierto, más burlado.

De trompa militar no, o destemplado

son de cajas fue el sueño interrumpido,

de can sí, embravecido

contra la seca hoja

que el viento repeló a alguna coscoja.

Durmió, y recuerda al fin, cuando las aves,

esquilas dulces de sonora pluma,

señas dieron süaves

del Alba al Sol, que el pabellón de espuma

dejó, y en su carroza

rayó el verde obelisco de la choza.

Agradecido, pues, el peregrino

deja el albergue y sale acompañado

de quien lo lleva donde, levantado,

distante pocos pasos del camino,

imperïoso mira la campaña

un escollo, apacible galería

que festivo teatro fue algún día

de cuantos pisan faunos la montaña.

Llegó y, a vista tanta

obedeciendo la dudosa planta,

inmóvil se quedó sobre un lentisco,

verde balcón del agradable risco.

Si mucho poco mapa les despliega,

mucho es más lo que (nieblas desatando)

confunde el Sol y la distancia niega.

Muda la admiración habla callando,

y ciega un río sigue, que, luciente

de aquellos montes hijo,

con torcido discurso, aunque prolijo,

tiraniza los campos útilmente:

orladas sus orillas de frutales,

quiere la Copia que su cuerno sea,

si al animal armaron, de Amaltea,

dïáfanos cristales;

engazando edificios en su plata,

de muros se corona,

rocas abraza, islas aprisiona,

de la alta gruta donde se desata

hasta los jaspes líquidos, adonde

su orgullo pierde y su memoria esconde.

«Aquellas que los árboles apenas

dejan ser torres hoy —dijo el cabrero

con muestras de dolor extraordinarias—,

las estrellas nocturnas luminarias

eran, de sus almenas,

cuando el que ves sayal fue limpio acero.

Yacen ahora, y sus desnudas piedras

visten piadosas hiedras,

que a rüinas y a estragos

sabe el tiempo hacer verdes halagos».

Con gusto el joven, y atención, lo oía,

cuando torrente de armas y de perros

(que si precipitados no los cerros,

las personas tras de un lobo traía)

tierno discurso y dulce compañía

dejar hizo al serrano,

que, del sublime espacïoso llano

al huésped al camino reduciendo,

al venatorio estruendo,

pasos dando veloces,

número crece y multiplica voces.

Bajaba, entre sí, el joven, admirando

armado a Pan o semicapro a Marte

en el pastor mentidos que con arte

culto principio dio al discurso, cuando

rémora de sus pasos fue su oído,

dulcemente impedido

de canoro instrumento, que pulsado

era de una serrana junto a un tronco,

sobre un arroyo, de quejarse, ronco,

mudo sus ondas, cuando no enfrenado.

Otra con ella montaraz zagala

juntaba el cristal líquido al humano

por el arcaduz bello de una mano

que al uno menosprecia, al otro iguala.

Del verde margen otra las mejores

rosas traslada, y lilios, al cabello,

o por lo matizado o por lo bello,

si Aurora no con rayos, Sol con flores.

Negras pizarras entre blancos dedos

ingenïosa hiere otra, que dudo

que aun los peñascos la escucharan quedos.

Al son, pues, deste rudo

sonoroso instrumento,

lasciva el movimiento

mas los ojos honesta,

altera otra bailando la floresta.

Tantas al fin el arroyuelo, y tantas

montañesas da el prado, que dirías

ser menos las que verdes hamadrías

abortaron las plantas:

inundación hermosa

que la montaña hizo, populosa,

de sus aldeas todas

a pastorales bodas.

De una encina embebido

en lo cóncavo, el joven mantenía

la vista de hermosura, y el oído

de métrica armonía.

El sileno buscaba

de aquellas que la sierra dio bacantes,

y que ninfas las niega ser, errantes,

el hombro sin aljaba,

o si, del Termodonte

émulo el arroyuelo desatado

de aquel fragoso monte,

escuadrón de amazonas desarmado

tremola en sus riberas

pacíficas banderas.

Vulgo lascivo erraba,

al voto del mancebo

el yugo de ambos sexos sacudido,

al tiempo que, de flores impedido

el que ya serenaba

la región de su frente rayo nuevo,

purpúrea terneruela, conducida

de su madre no menos enramada,

entre albogues se ofrece, acompañada

de juventud florida.

Cuál dellos las pendientes sumas graves

de negras baja, de crestadas aves,

cuyo lascivo esposo vigilante

doméstico es del Sol nuncio canoro,

y, de coral barbado, no de oro

ciñe, sino de púrpura, turbante.

Quién la cerviz oprime

con la manchada copia

de los cabritos más retozadores,

tan golosos, que gime

el que menos peinar puede las flores

de su guirnalda propia.

No el sitio, no, fragoso,

no el torcido taladro de la tierra,

privilegió en la sierra

la paz del conejuelo temeroso:

trofeo ya su número es a un hombro,

si carga no y asombro.

Tú, ave peregrina,

arrogante esplendor, ya que no bello,

del último occidente,

penda el rugoso nácar de tu frente

sobre el crespo zafiro de tu cuello,

que Himeneo a sus mesas te destina.

Sobre dos hombros larga vara ostenta

en cien aves cien picos de rubíes,

tafiletes calzadas carmesíes,

emulación y afrenta

aun de los berberiscos,

en la inculta región de aquellos riscos.

Lo que lloró la Aurora

(si es néctar lo que llora)

y, antes que el Sol, enjuga

la abeja que madruga

a libar flores y a chupar cristales,

en celdas de oro líquido, en panales

la orza contenía

que un montañés traía.

No excedía la oreja

el pululante ramo

del ternezuelo gamo,

que mal llevar se deja,

y con razón, que el tálamo desdeña

la sombra aun de lisonja tan pequeña.

El arco del camino, pues, torcido,

que habían con trabajo

por la fragosa cuerda del atajo

las gallardas serranas desmentido,

de la cansada juventud vencido

(los fuertes hombros con las cargas graves

treguas hechas süaves),

sueño le ofrece a quien buscó descanso

el ya sañudo arroyo, ahora manso:

merced de la hermosura que ha hospedado,

efectos si no dulces del concento

que, en las lucientes de marfil clavijas,

las duras cuerdas de las negras guijas

hicieron a su curso acelerado,

en cuanto a su furor perdonó el viento.

Menos en renunciar tardó la encina

el extranjero errante,

que en reclinarse el menos fatigado

sobre la grana que se viste fina

su bella amada, deponiendo amante

en las vestidas rosas su cuidado.

Saludólos a todos cortésmente,

y, admirado no menos

de los serranos que correspondido,

las sombras solicita de unas peñas.

De lágrimas los tiernos ojos llenos,

reconociendo el mar en el vestido

(que beberse no pudo el Sol ardiente

las que siempre dará cerúleas señas),

político serrano,

de canas grave, habló desta manera:

«¿Cuál tigre, la más fiera

que clima infamó hircano,

dio el primer alimento

al que, ya deste o de aquel mar, primero

surcó, labrador fïero,

el campo undoso en mal nacido pino,

vaga Clicie del viento

en telas hecho, antes que en flor, el lino?

Más armas introdujo este marino

monstro, escamado de robustas hayas,

a las, que tanto mar divide, playas,

que confusión y fuego

al frigio muro el otro leño griego.

Náutica industria investigó tal piedra,

que, cual abraza hiedra

escollo, el metal ella, fulminante,

de que Marte se viste, y, lisonjera,

solicita el, que más brilla, diamante

en la nocturna capa de la esfera,

estrella a nuestro polo más vecina,

y, con virtud no poca,

distante la revoca,

elevada la inclina

ya de la Aurora bella

al rosado balcón, ya a la que sella

cerúlea tumba fría

las cenizas del día.

En esta, pues, fiándose atractiva

del norte amante dura, alado roble,

no hay tormentoso cabo que no doble,

ni isla hoy a su vuelo fugitiva.

Tifis el primer leño mal seguro

condujo, muchos luego Palinuro,

si bien por un mar ambos, que la tierra

estanque dejó hecho,

cuyo famoso estrecho

una y otra de Alcides llave cierra.

Piloto hoy la Cudicia, no de errantes

árboles, mas de selvas inconstantes,

al padre de las aguas Oceano

(de cuya monarquía

el Sol, que cada día

nace en sus ondas y en sus ondas muere,

los términos saber todos no quiere)

dejó primero de su espuma cano,

sin admitir segundo

en inculcar sus límites al mundo.

Abetos suyos tres aquel tridente

violaron a Neptuno,

conculcado hasta allí de otro ninguno,

besando las que al Sol el occidente

le corre, en lecho azul de aguas marinas,

turquesadas cortinas.

A pesar luego de áspides volantes

(sombra del Sol y tósigo del viento)

de caribes flechados, sus banderas

siempre gloriosas, siempre tremolantes,

rompieron los que armó de plumas ciento

lestrigones el istmo, aladas fieras:

el istmo que al océano divide,

y, sierpe de cristal, juntar le impide

la cabeza, del norte coronada,

con la, que ilustra el sur, cola escamada

de antárticas estrellas.

Segundos leños dio a segundo polo

en nuevo mar, que le rindió no solo

las blancas hijas de sus conchas bellas,

mas los, que lograr bien no supo Midas,

metales homicidas.

No le bastó después a este elemento

conducir orcas, alistar ballenas,

murarse de montañas espumosas,

infamar blanqueando sus arenas

con tantas del primer atrevimiento

señas, aun a los bueitres lastimosas,

para con estas lastimosas señas

temeridades enfrenar segundas.

Tú, Cudicia, tú, pues, de las profundas

estigias aguas torpe marinero,

cuantos abre sepulcros el mar fiero

a tus huesos, desdeñas.

El promontorio que Éolo sus rocas

candados hizo de otras nuevas grutas

para el austro de alas nunca enjutas,

para el cierzo espirante por cien bocas,

doblaste alegre, y tu obstinada entena

cabo lo hizo de esperanza buena.

Tantos luego astronómicos presagios

frustrados, tanta náutica doctrina,

debajo aun de la zona más vecina

al Sol calmas vencidas y naufragios,

los reinos de la Aurora al fin besaste,

cuyos purpúreos senos perlas netas,

cuyas minas secretas

hoy te guardan su más precioso engaste.

La aromática selva penetraste,

que al pájaro de Arabia (cuyo vuelo

arco alado es del cielo,

no corvo, mas tendido)

pira le erige y le construye nido.

Zodíaco después fue cristalino

a glorïoso pino,

émulo vago del ardiente coche

del Sol, este elemento,

que cuatro veces había sido ciento

dosel al día y tálamo a la noche,

cuando halló de fugitiva plata

la bisagra (aunque estrecha) abrazadora

de un océano y otro, siempre uno,

o las colunas bese o la escarlata,

tapete de la Aurora.

Esta, pues, nave ahora

en el húmido templo de Neptuno

varada pende a la inmortal memoria

con nombre de Victoria.

De firmes islas no la inmóvil flota

en aquel mar del Alba te describo,

cuyo número, ya que no lascivo,

por lo bello, agradable y por lo vario

la dulce confusión hacer podía

que en los blancos estanques del Eurota

la virginal desnuda montería,

haciendo escollos o de mármol pario

o de terso marfil sus miembros bellos,

que pudo bien Acteón perderse en ellos.

El bosque dividido en islas pocas,

fragrante productor de aquel aroma

que, traducido mal por el Egito,

tarde lo encomendó el Nilo a sus bocas,

y ellas más tarde a la gulosa Grecia,

clavo no, espuela sí del apetito,

que cuanto en conocello tardó Roma

fue templado Catón, casta Lucrecia,

quédese, amigo, en tan inciertos mares,

donde con mi hacienda

del alma se quedó la mejor prenda,

cuya memoria es bueitre de pesares».

En suspiros, con esto,

y en más anegó lágrimas el resto

de su discurso el montañés, prolijo,

que el viento su caudal, el mar su hijo.

Consolallo pudiera el peregrino

con las de su edad corta historias largas,

si, vinculados todos a sus cargas,

cual próvidas hormigas a sus mieses,

no comenzaran ya los montañeses

a esconder con el número el camino,

y el cielo con el polvo. Enjugó el viejo

del tierno humor las venerables canas,

y levantando al forastero, dijo:

«Cabo me han hecho, hijo,

deste hermoso tercio de serranas:

si tu neutralidad sufre consejo,

y no te fuerza obligación precisa,

la piedad que en mi alma ya te hospeda

hoy te convida al que nos guarda sueño

política alameda,

verde muro de aquel lugar pequeño

que, a pesar de esos fresnos, se divisa.

Sigue la femenil tropa conmigo:

verás curioso y honrarás testigo

el tálamo de nuestros labradores,

que de tu calidad señas mayores

me dan que del océano tus paños,

o razón falta donde sobran años».

Mal pudo el extranjero, agradecido,

en tercio tal negar tal compañía

y en tan noble ocasión tal hospedaje.

Alegres pisan la que, si no era

de chopos calle y de álamos carrera,

el fresco de los céfiros rüido,

el denso de los árboles celaje,

en duda ponen cuál mayor hacía

guerra al calor o resistencia al día.

Coros tejiendo, voces alternando,

sigue la dulce escuadra montañesa

del perezoso arroyo el paso lento,

en cuanto él hurta blando

(entre los olmos que robustos besa)

pedazos de cristal, que el movimiento

libra en la falda, en el coturno ella,

de la columna bella

ya que celosa basa,

dispensadora del cristal no escasa.

Sirenas de los montes su concento,

a la que menos del sañudo viento

pudiera antigua planta

temer rüina o recelar fracaso,

pasos hiciera dar el menor paso

de su pie o su garganta.

Pintadas aves, cítaras de pluma,

coronaban la bárbara capilla,

mientras el arroyuelo, para oílla,

hace de blanca espuma

tantas orejas cuantas guijas lava,

de donde es fuente a donde arroyo acaba.

Vencedores se arrogan los serranos

los consignados premios otro día,

ya al formidable salto, ya a la ardiente

lucha, ya a la carrera polvorosa:

el menos ágil, cuantos comarcanos

convoca el caso, él solo desafía,

consagrando los palios a su esposa,

que a mucha fresca rosa

beber el sudor hace, de su frente,

mayor aun del que espera

en la lucha, en el salto, en la carrera.

Centro apacible un círculo espacioso

a más caminos que una estrella rayos

hacía, bien de pobos, bien de alisos,

donde la Primavera,

calzada abriles y vestida mayos,

centellas saca, de cristal undoso,

a un pedernal orlado de narcisos.

Este, pues, centro era

meta umbrosa al vaquero convecino,

y delicioso término al distante,

donde, aun cansado más que el caminante,

concurría el camino.

Al concento se abaten, cristalino,

sedientas las serranas,

cual simples codornices al reclamo

que les miente la voz, y verde cela

entre la no espigada mies la tela.

Músicas hojas viste el menor ramo

del álamo que peina verdes canas;

no céfiros en él, no ruiseñores

lisonjear pudieron breve rato

al montañés, que, ingrato

al fresco, a la armonía y a las flores

del sitio, pisa, ameno,

la fresca hierba cual la arena ardiente

de la Libia, y a cuantas da la fuente

sierpes de aljófar, aun mayor veneno

que a las del Ponto, tímido, atribuye,

según el pie, según los labios huye.

Pasaron todos, pues, y regulados

cual en los equinoccios surcar vemos

los piélagos del aire libre algunas

volantes no galeras,

sino grullas veleras,

tal vez creciendo, tal menguando lunas

sus distantes extremos,

caracteres tal vez formando alados

en el papel dïáfano del cielo

las plumas de su vuelo.

Ellas en tanto en bóvedas de sombras

(pintadas siempre al fresco)

cubren las que Sidón, telar turquesco,

no ha sabido imitar verdes alfombras.

Apenas reclinaron la cabeza

cuando, en número iguales y en belleza,

los márgenes matiza de las fuentes

segunda primavera de villanas,

que, parientas del novio aun más cercanas

que vecinos sus pueblos, de presentes

prevenidas, concurren a las bodas.

Mezcladas hacen todas

teatro dulce, no de escena muda,

el apacible sitio: espacio breve

en que, a pesar del Sol, cuajada nieve,

y nieve de colores mil vestida,

la sombra vio florida

en la hierba menuda.

Viendo, pues, que igualmente les quedaba

para el lugar a ellas de camino

lo que al Sol para el lóbrego occidente,

cual de aves se caló turba canora

a robusto nogal que acequia lava

en cercado vecino,

cuando a nuestros antípodas la Aurora

las rosas gozar deja de su frente,

tal sale aquella que sin alas vuela

hermosa escuadra con ligero paso,

haciéndole atalayas del ocaso

cuantos humeros cuenta la aldehuela.

El lento escuadrón luego

alcanzan de serranos,

y disolviendo allí la compañía,

al pueblo llegan con la luz que el día

cedió al sacro volcán de errante fuego,

a la torre, de luces coronada,

que el templo ilustra, y a los aires vanos

artificiosamente da, exhalada

luminosas de pólvora saetas,

purpúreos no cometas.

Los fuegos, pues, el joven solemniza,

mientras el viejo tanta acusa tea

al de las bodas dios, no alguna sea

de nocturno Faetón carroza ardiente,

y miserablemente

campo amanezca estéril de ceniza

la que anocheció aldea.

De Alcides lo llevó luego a las plantas,

que estaban, no muy lejos,

trenzándose el cabello verde a cuantas

da el fuego luces y el arroyo espejos.

Tanto garzón robusto,

tanta ofrecen los álamos zagala,

que abrevïara el Sol en una estrella,

por ver la menos bella,

cuantos saluda rayos el Bengala,

del Ganges cisne adusto.

La gaita al baile solicita el gusto,

a la voz el salterio;

cruza el Trïón más fijo el hemisferio,

y el tronco mayor danza en la ribera;

el eco (voz ya entera)

no hay silencio a que pronto no responda;

fanal es del arroyo cada onda,

luz el reflejo, la agua vidrïera.

Términos le da el sueño al regocijo,

mas el cansancio no, que el movimiento

verdugo de las fuerzas es, prolijo.

Los fuegos (cuyas lenguas, ciento a ciento,

desmintieron la noche algunas horas,

cuyas luces, del Sol competidoras,

fingieron día en la tiniebla obscura)

murieron, y en sí mismos sepultados

sus miembros, en cenizas desatados,

piedras son de su misma sepultura.

Vence la noche al fin, y triunfa mudo

el silencio, aunque breve, del rüido.

Sólo gime, ofendido,

el sagrado laurel, del hierro agudo.

Deja de su esplendor, deja desnudo

de su frondosa pompa al verde aliso

el golpe no remiso

del villano membrudo.

El, que resistir pudo

al animoso austro, al euro ronco,

chopo gallardo, cuyo liso tronco

papel fue de pastores, aunque rudo,

a revelar secretos va a la aldea,

que impide Amor que aun otro chopo lea.

Estos árboles, pues, ve la mañana

mentir florestas y emular vïales,

cuantos muró de líquidos cristales

agricultura urbana.

Recordó al Sol, no, de su espuma cana,

la dulce de las aves armonía,

sino los dos topacios que batía,

orientales aldabas, Himeneo.

Del carro, pues, febeo

el luminoso tiro,

mordiendo oro, el eclíptico safiro

pisar quería, cuando el populoso

lugarillo el serrano

con su huésped, que admira cortesano,

a pesar del estambre y de la seda,

el que tapiz frondoso

tejió de verdes hojas la arboleda,

y los (que por las calles espaciosas

fabrican) arcos (rosas)

oblicuos, nuevos pénsiles jardines,

de tantos como víolas jazmines.

Al galán novio el montañés presenta

su forastero, luego al venerable

padre de la que en sí bella se esconde

con ceño dulce, y, con silencio afable,

beldad parlera, gracia muda ostenta,

cual del rizado verde botón, donde

abrevia su hermosura virgen rosa,

las cisuras cairela

un color, que la púrpura que cela

por brújula concede vergonzosa.

Digna la juzga esposa

de un héroe, si no augusto, esclarecido,

el joven, al instante arrebatado

a la que, naufragante y desterrado,

lo condenó a su olvido.

Este, pues, sol que a olvido lo condena,

cenizas hizo las que su memoria

negras plumas vistió, que infelizmente

sordo engendran gusano, cuyo diente,

minador antes lento de su gloria,

inmortal arador fue de su pena.

Y en la sombra no más de la azucena,

que del clavel procura, acompañada,

imitar en la bella labradora

el templado color de la que adora,

víbora pisa tal el pensamiento,

que el alma, por los ojos desatada,

señas diera de su arrebatamiento,

si de zampoñas ciento

y de otros, aunque bárbaros, sonoros

instrumentos, no, en dos festivos coros

vírgines bellas, jóvenes lucidos,

llegaran conducidos.

El numeroso al fin de labradores

concurso impacïente

los novios saca: él, de años floreciente,

y de caudal más floreciente que ellos,

ella, la misma pompa de las flores,

la esfera misma de los rayos bellos.

El lazo de ambos cuellos

entre un lascivo enjambre iba, de amores,

Himeneo añudando,

mientras invocan su deidad la alterna

de zagalejas cándidas voz tierna

y de garzones este acento blando:

CORO I

«Ven, Himeneo, ven donde te espera,

con ojos y sin alas, un Cupido

cuyo cabello intonso dulcemente

niega el vello que el vulto ha colorido:

el vello, flores de su primavera,

y rayos el cabello de su frente.

Niño amó la que adora adolescente,

villana Psiques, ninfa labradora

de la tostada Ceres. Esta, ahora

en los inciertos de su edad segunda

crepúsculos, vincule tu coyunda

a su ardiente deseo.

Ven, Himeneo, ven; ven, Himeneo».

CORO II

«Ven, Himeneo, donde, entre arreboles

de honesto rosicler, previene el día

(aurora de sus ojos soberanos)

virgen tan bella, que hacer podría

tórrida la Noruega con dos soles,

y blanca la Etïopia con dos manos.

Claveles del abril, rubíes tempranos,

cuantos engasta el oro del cabello,

cuantas (del uno ya y del otro cuello

cadenas) la concordia engaza rosas,

de sus mejillas siempre vergonzosas

purpúreo son trofeo.

Ven, Himeneo, ven; ven, Himeneo».

CORO I

«Ven, Himeneo, y plumas no vulgares

al aire los hijuelos den, alados,

de las que el bosque bellas ninfas cela;

de sus carcajes, éstos, argentados,

flechen mosquetas, nieven azahares;

vigilantes aquéllos, la aldehuela

rediman del, que más o tardo vuela

o infausto gime, pájaro nocturno;

mudos coronen otros por su turno

el dulce lecho conyugal, en cuanto

lasciva abeja al virginal acanto

néctar le chupa, hibleo.

Ven, Himeneo, ven; ven, Himeneo».

CORO II

«Ven, Himeneo, y las volantes pías

que azules ojos con pestañas de oro

sus plumas son, conduzgan alta diosa,

gloria mayor del soberano coro.

Fíe tus nudos ella, que los días

disuelvan tarde en senectud dichosa;

y la que Juno es hoy a nuestra esposa,

casta Lucina, en lunas desiguales

tantas veces repita sus umbrales,

que Níobe inmortal la admire el mundo,

no en blanco mármol por su mal fecundo,

escollo hoy del Leteo.

Ven, Himeneo, ven; ven, Himeneo».

CORO I

«Ven, Himeneo, y nuestra agricultura

de copia tal a estrellas deba, amigas,

progenie tan robusta, que su mano

toros dome, y de un rubio mar de espigas

inunde liberal la tierra dura,

y al verde, joven, floreciente llano

blancas ovejas suyas hagan, cano,

en breves horas caducar la hierba;

oro le expriman, líquido, a Minerva,

y, los olmos casando con las vides,

mientras coronan pámpanos a Alcides,

clava empuñe Liëo.

Ven, Himeneo, ven; ven, Himeneo».

CORO II

«Ven, Himeneo, y tantas le dé a Pales

cuantas a Palas dulces prendas esta,

apenas hija hoy, madre mañana.

De errantes lilios unas la floresta

cubran, corderos mil que los cristales

vistan, del río, en breve undosa lana;

de Aracnes otras la arrogancia vana

modestas acusando en blancas telas,

no los hurtos de amor, no las cautelas

de Júpiter compulsen, que, aun en lino,

ni a la pluvia luciente de oro fino,

ni al blanco cisne creo.

Ven, Himeneo, ven; ven, Himeneo».

El dulce alterno canto

a sus umbrales revocó felices

los novios, del vecino templo santo.

Del yugo aun no domadas las cervices,

novillos, breve término surcado,

restituyen así el pendiente arado

al que pajizo albergue los aguarda.

Llegaron todos, pues, y, con gallarda

civil magnificencia, el suegro anciano

cuantos la sierra dio, cuantos dio el llano

labradores convida

a la prolija rústica comida

que sin rumor previno en mesas grandes.

Ostente crespas blancas esculturas

artífice gentil de dobladuras

en los que damascó manteles Flandes,

mientras casero lino Ceres tanta

ofrece ahora, cuantos guardó el heno

dulces pomos, que al curso de Atalanta

fueran dorado freno.

Manjares que el veneno

y el apetito ignoran igualmente

les sirvieron; y en oro no, luciente,

confuso Baco, ni en bruñida plata,

su néctar les desata,

sino en vidrio topacios carmesíes

y pálidos rubíes.

Sellar del fuego quiso, regalado,

los gulosos estómagos el rubio

imitador süave de la cera,

quesillo dulcemente apremïado

de rústica, vaquera,

blanca, hermosa mano, cuyas venas

la distinguieron de la leche apenas;

mas ni la encarcelada nuez esquiva,

ni el membrillo pudieran, anudado,

si la sabrosa oliva

no serenara el bacanal diluvio.

Levantadas las mesas, al canoro

son de la ninfa un tiempo, ahora caña,

seis de los montes, seis de la campaña

(sus espaldas rayando el sutil oro

que negó al viento el nácar bien tejido),

terno de Gracias bello, repetido

cuatro veces en doce labradoras,

entró bailando numerosamente;

y dulce Musa entre ellas (si consiente

bárbaras el Parnaso moradoras)

«Vivid felices —dijo —

largo curso de edad nunca prolijo,

y si prolijo, en nudos amorosos

siempre vivid esposos.

Venza no solo en su candor la nieve,

mas plata en su esplendor sea cardada

cuanto estambre vital Cloto os traslada

de la alta fatal rueca al huso breve.

Sean de la Fortuna

aplausos la respuesta

de vuestras granjerías:

a la reja importuna,

a la azada molesta

fecundo os rinda, en desiguales días,

el campo agradecido

oro trillado y néctar exprimido.

Sus morados cantuesos, sus copadas

encinas la montaña contar antes

deje que vuestras cabras, siempre errantes,

que vuestras vacas, tarde o nunca herradas.

Corderillos os brote, la ribera,

que la hierba menuda

y las perlas exceda del rocío

su número, y del río

la blanca espuma cuantos la tijera

vellones les desnuda.

Tantos de breve fábrica, aunque ruda,

albergues vuestros las abejas moren,

y primaveras tantas os desfloren,

que, cual la Arabia madre ve, de aromas,

sacros troncos sudar fragrantes gomas,

vuestros corchos por uno y otro poro

en dulce se desaten líquido oro.

Próspera, al fin, mas no espumosa tanto

vuestra fortuna sea,

que alimenten la Invidia en nuestra aldea

áspides más que en la región del llanto.

Entre opulencias y necesidades,

medianías vinculen, competentes,

a vuestros descendientes,

previniendo ambos daños, las edades;

ilustren obeliscos las ciudades,

a los rayos de Júpiter expuesta,

aun más que a los de Febo, su corona,

cuando a la choza pastoral perdona

el cielo, fulminando la floresta.

Cisnes, pues, una y otra pluma, en esta

tranquilidad os halle labradora

la postrimera hora,

cuya lámina cifre desengaños,

que en letras pocas lean muchos años».

Del himno culto dio el último acento

fin mudo al baile, al tiempo que seguida

la novia sale de villanas ciento

a la verde florida palizada,

cual nueva Fénix en flamantes plumas

matutinos del Sol rayos vestida,

de cuanta surca el aire, acompañada,

monarquía canora,

y, vadeando nubes, las espumas

del rey corona, de los otros ríos,

en cuya orilla el viento hereda ahora

pequeños no vacíos

de funerales bárbaros trofeos

que el Egipto erigió a sus Ptolomeos.

Los árboles que el bosque habían fingido,

umbroso coliseo ya formando,

despejan el ejido,

olímpica palestra

de valientes desnudos labradores.

Llegó la desposada apenas, cuando

feroz ardiente muestra

hicieron dos robustos luchadores

de sus músculos, menos defendidos

del blanco lino que del vello obscuro.

Abrazáronse, pues, los dos, y luego,

humo anhelando el que no suda fuego,

de recíprocos nudos impedidos,

cual duros olmos de implicantes vides,

hiedra el uno es tenaz del otro, muro:

mañosos, al fin, hijos de la tierra,

cuando fuertes no Alcides,

procuran derribarse, y, derribados,

cual pinos se levantan arraigados

en los profundos senos de la sierra.

Premio los honra igual, y de otros cuatro

ciñe las sienes glorïosa rama,

con que se puso término a la lucha.

Las dos partes rayaba del teatro

el Sol, cuando arrogante joven llama

al expedido salto

la bárbara corona que lo escucha.

Arras del animoso desafío

un pardo gabán fue en el verde suelo,

a quien se abaten ocho o diez soberbios

montañeses, cual suele de lo alto

calarse turba de invidiosas aves

a los ojos de Ascálafo, vestido

de perezosas plumas. Quién, de graves

piedras las duras manos impedido,

su agilidad pondera; quién sus nervios

desata estremeciéndose gallardo.

Besó la raya, pues, el pie desnudo

del suelto mozo, y con airoso vuelo

pisó del viento lo que del ejido

tres veces ocupar pudiera un dardo.

La admiración, vestida un mármol frío,

apenas arquear las cejas pudo;

la emulación, calzada un duro hielo,

torpe se arraiga, bien que impulso noble

de gloria, aunque villano, solicita

a un vaquero de aquellos montes, grueso,

membrudo, fuerte roble,

que, ágil a pesar de lo robusto,

al aire se arrebata, violentando

lo grave tanto, que lo precipita,

Ícaro montañés, su mismo peso,

de la menuda hierba el seno blando

piélago duro hecho a su rüina.

Si no tan corpulento, más adusto

serrano lo sucede,

que iguala y aun excede

al ayuno leopardo,

al corcillo travieso, al muflón sardo

que de las rocas trepa a la marina,

sin dejar ni aun pequeña

del pie ligero bipartida seña.

Con más felicidad que el precedente,

pisó las huellas casi del primero

el adusto vaquero.

Pasos otro dio al aire, al suelo coces.

Y premïados gradüadamente,

advocaron a sí toda la gente,

cierzos del llano y austros de la sierra,

mancebos tan veloces,

que cuando Ceres más dora la tierra,

y argenta el mar desde sus grutas hondas

Neptuno sin fatiga,

su vago pie de pluma

surcar pudiera mieses, pisar ondas,

sin inclinar espiga,

sin vïolar espuma.

Dos veces eran diez, y dirigidos

a dos olmos que quieren, abrazados,

ser palios verdes, ser frondosas metas,

salen cual de torcidos

arcos, o nervïosos o acerados,

con silbo igual, dos veces diez saetas.

No el polvo desparece

el campo, que no pisan alas hierba;

es el más torpe una herida cierva,

el más tardo la vista desvanece,

y, siguiendo al más lento,

cojea el pensamiento.

El tercio casi de una milla era

la prolija carrera

que los hercúleos troncos hace breves,

pero las plantas leves

de tres sueltos zagales

la distancia sincopan tan iguales,

que la atención confunden judiciosa.

De la peneida virgen desdeñosa

los dulces fugitivos miembros bellos

en la corteza no abrazó reciente

más firme Apolo, más estrechamente,

que de una y de otra meta glorïosa

las duras basas abrazaron ellos

con triplicado nudo.

Árbitro Alcides en sus ramas, dudo

que el caso decidiera,

bien que su menor hoja un ojo fuera

del lince más agudo.

En tanto, pues, que el palio neutro pende

y la carroza de la luz desciende

a templarse en las ondas, Himeneo,

por templar en los brazos el deseo

del galán novio, de la esposa bella,

los rayos anticipa de la estrella,

cerúlea ahora, ya purpúrea guía

de los dudosos términos del día.

El jüicio, al de todos indeciso,

del concurso ligero,

el padrino con tres de limpio acero

cuchillos corvos absolvello quiso.

Solícita Junón, Amor no omiso,

al son de otra zampoña que conduce

ninfas bellas y sátiros lascivos,

los desposados a su casa vuelven,

que coronada luce

de estrellas fijas, de astros fugitivos

que en sonoroso humo se resuelven.

Llegó todo el lugar, y, despedido,

casta Venus, que el lecho ha prevenido

de las plumas que baten, más süaves,

en su volante carro blancas aves,

los novios entra en dura no estacada,

que, siendo Amor una deidad alada,

bien previno la hija de la espuma

a batallas de amor campo de pluma.

# 317 FÁBULA DE PÍRAMO Y TISBE

La ciudad de Babilonia,

famosa, no por sus muros

(fuesen de tierra cocidos

o sean de tierra crudos),

sino por los dos amantes

desdichados, hijos suyos,

que muertos, y en un estoque,

han peregrinado el mundo,

citarista dulce, hija

del Archipoeta rubio,

si al brazo de mi instrumento

le solicitas el pulso,

digno sujeto será

de las orejas del vulgo:

popular aplauso quiero,

perdónenme sus tribunos.

Píramo, fueron, y Tisbe,

los que en verso hizo culto

el licenciado Nasón,

bien romo o bien narigudo,

dejar el dulce candor

lastimosamente obscuro

al (que túmulo de seda

fue, de los dos casquilucios)

moral que los hospedó,

y fue condenado al punto,

si del Tigris no en raíces,

de los amantes, en fructos.

Estos, pues, dos babilonios

vecinos nacieron, mucho,

y tanto, que una pared

de oídos no muy agudos,

en los años de su infancia,

oyó a las cunas los tumbos,

a los niños los gorjeos,

y a las amas los arrullos;

oyólos, y aquellos días

tan bien la audiencia le supo,

que años después se hizo

rajas en servicio suyo.

En el ínterim nos digan,

los mal formados rasguños

de los pinceles de un ganso,

sus dos hermosos dibujos:

terso marfil su esplendor,

no sin modestia, interpuso

entre las ondas de un sol

y la luz de dos carbunclos.

Libertad dice llorada

el corvo süave yugo

de unas cejas, cuyos arcos

no serenaron diluvios.

Luciente cristal lascivo,

la tez, digo, de su vulto,

vaso era de claveles

y de jazmines, confusos.

Árbitro de tantas flores,

lugar el olfato obtuvo

en forma, no de nariz,

sino de un blanco almendruco.

Un rubí concede o niega

(según alternar le plugo),

entre veinte perlas netas,

doce aljófares menudos.

De plata bruñida, era,

proporcionado cañuto,

el órgano de la voz,

la cerbatana del gusto.

Las pechugas, si hubo Fénix,

suyas son; si no lo hubo,

de los jardines de Venus

pomos eran no maduros.

El etcétera es de mármol,

cuyos relieves ocultos

ultraje mórbido hicieran

a los divinos desnudos

la vez que se vistió Paris

la garnacha de Licurgo,

cuando Palas, por vellosa,

y por zamba perdió Juno.

Esta, pues, desde el glorioso

umbral de su primer lustro,

niña la estimó, el Amor,

de los ojos que no tuvo.

Creció deidad, creció invidia

de un sexo y otro: ¿qué mucho

que la fe erigiese aras

a quien la emulación culto?

Tantas veces, de los templos

a sus posadas redujo

sin libertad los galanes,

y las damas, sin orgullo,

que viendo, quien la vistió

(nueve meses que la trujo)

de terciopelo de tripa,

su peligro en los concursos,

las reliquias de Tisbica

engastó en lo más recluso

de su retrete, negado

aun a los átomos puros.

¡Oh Píramo lo que hace,

joveneto ya robusto

que sin alas podía ser

hijo de Venus segundo!

Narciso no, el de las flores

pompa, que vocal sepulcro

construyó a su boboncilla

en el valle más profundo,

sino un Adonis caldeo,

ni jarifo ni membrudo,

que traía las orejas

en las jaulas de dos tufos;

su copetazo, pelusa,

si tafetán su testuzo,

sus mejillas, mucho raso,

su bozo, poco velludo;

dos espadas eran, negras

a lo dulcemente rufo,

sus cejas, que las doblaron

dos estocadas de puño.

Al fin, en Píramo quiso

encarnar Cupido un chuzo,

el mejor de su armería,

con su herramienta al uso.

Este, pues, era el vecino,

el amante, y aun el cuyo,

de la tórtola doncella,

gemidora a lo viudo;

que de las penas de Amor

encarecimiento es sumo

escuchar ondas sediento

quien siente frutas ayuno.

Intimado el entredicho

de un ladrillo, y otro, duro,

llorando Píramo estaba

apartamientos conjuntos,

cuando fatal carabela,

émula (mas no) del humo

(en los corsos repetidos),

aferró puerto seguro:

famïliar tapetada

que, aun a pesar de lo adusto,

alba fue, y alba a quien debe

tantos solares anuncios.

Calificarle sus pasas,

a fuer de aurora, propuso:

los críticos me perdonen

si dijere con ligustros.

Abrazóla, sobarcada

(y no de clavos malucos),

en nombre de la azucena

desmentidora del tufo,

siendo aforismo aguileño

que matar basta a un difunto

cualquier olor de costado,

o sea morcillo o rucio.

Al estoraque de Congo

volvamos, Dios en ayuso,

a la que cuatro de a ocho

argentaron el pantuflo:

avispa con libramiento

no voló como ella anduvo;

menos un torno responde

a los devotos impulsos,

que la mulata se gira

a los pensamientos mudos.

¡Oh Destino, inducidor

de los que has de ser verdugo!

Un día que subió Tisbe,

humedeciendo discursos,

a enjugarlos en la cuerda

de un inquïeto columpio,

halló en el desván acaso

una rima que compuso

el tiempo, sin ser poeta,

más clara que las de alguno.

Había la noche antes

soñado sus infortunios,

y viendo el resquicio entonces,

«Esta es —dijo—, no dudo,

esta, Píramo, es la herida

que en aquel sueño importuno

abrió dos veces el mío

cuando una el pecho tuyo.

La fe que se debe a sueños

y a celestiales influjos

bien lo dice de mi ama

el incrédulo repulgo.

¿Lo que he visto a ojos cerrados

más auténtico presumo

que del amor que conozco

los favores que descubro?

Efecto improviso es,

no de los años diuturno,

sino de un niño, en lo flaco,

y de un dios, en lo oportuno.

Pared que nació conmigo,

del Amor sólo el estudio,

no la fuerza de la edad,

desatar sus piedras pudo;

mas, ay, que taladró niño

lo que dilatara astuto,

que no poco daño a Troya

breve portillo introdujo;

la vista que nos dispensa

le desmienta el atributo

de ciego en la, que le ata,

ociosa venda, el abuso».

Llegó en esto la morena,

los talares de Mercurio

calzada en la diligencia

de seis argentados puntos,

y, viendo extinguidos ya

sus poderes absolutos

por el hijo de la tapia

que tiene veces de nuncio,

si distinguir se podía

la turbación de lo turbio,

su ejercicio ya frustrado

le dejó el ébano, sucio;

otorgó al fin el infausto

advocamiento futuro

y, citando la otra parte,

sus mismos autos repuso.

Con la pestaña de un lince

barrenando estaba el muro,

si no adormeciendo Argos,

de la suegra substitutos,

cuando, Píramo, citado,

telares rompiendo inmundos

que la émula de Palas

dio a los divinos insultos,

«Barco ya de vistas —dijo—,

angosto no, sino augusto,

que velas hecho tu lastre,

nadas más cuando más surto:

poco espacio me concedes,

mas basta, que a Palinuro

mucho mar le dejó ver

el primero breve surco.

Si a un leño, conducidor

de la conquista o del hurto

de una piel, fueron los dioses

remuneradores justos,

a un bajel que pisa inmóvil

un Mediterráneo enjuto

con los suspiros de un sol,

bien le deberán coluros;

tus bordes beso piloto,

ya que no tu quilla buzo,

si, revocando su voz,

favorecieres mi asunto».

Dando luego a sus deseos

el tiempo más oportuno,

frecuentaron el desván,

escuela ya de sus cursos;

lirones siempre de Febo

y de Dïana lechuzos,

se bebían las palabras

en el polvo del conducto.

¡Cuántas veces, impaciente,

metió el brazo, que no cupo,

el garzón, y lo atentado

le revocaron por nulo!

¡Cuántas, el impedimento

acusaron de consuno

al pozo que es de por medio,

si no se besan los cubos!

Orador, Píramo, entonces,

las armas jugó de Tulio,

que no hay áspid vigilante

a poderosos conjuros.

Amor, que los asistía,

el vergonzoso capullo

desnudó a la virgen rosa

que desprecia el tirio jugo;

abrió su esplendor la boba,

y a seguillo se dispuso:

trágica resolución

digna de mayor coturno.

Media noche era por filo,

hora que el farol nocturno,

reventando de muy casto,

campaba de muy sañudo,

cuando tropezando Tisbe

a la calle dio el pie zurdo,

de no pocos endechada

caniculares aúllos.

Dejó la ciudad de Nino,

y al salir, funesto búho

alcándara hizo umbrosa

un verdinegro aceituno.

Sus pasos dirigió donde

por las bocas de dos brutos

tres o cuatro siglos ha

que está escupiendo Neptuno;

cansada llegó a su margen,

a pesar del abril, mustio,

y lagrimosa la fuente

enronqueció su murmurio.

Olmo que en jóvenes hojas

disimula años adultos,

de su vid florida entonces

en los más lascivos nudos,

un rayo, sin escuderos

o de luz o de tumulto,

le desvaneció la pompa

y el tálamo descompuso;

no fue nada: a cien lejías

dio ceniza. !Oh cielo injusto,

si tremendo en el castigo,

portentoso en el indulto!:

la planta más convecina

quedó verde; el seco junco

ignoró aun lo más ardiente

del acelerado incurso.

Cintia caló el papahígo,

a todo su plenilunio,

de temores velloríes

que ella dice que son nublos.

Tisbe, entre pavores tantos

solicitando refugios,

a las rüinas apela

de un edificio caduco.

Ejecutarlo quería,

cuando la selva produjo

del egipcio o del tebano

un cleoneo trïunfo,

que en un prójimo cebado,

no sé si merino o burdo,

babeando sangre, hizo

el cristal líquido, impuro.

Temerosa de la fiera

aun más que del estornudo

de Júpiter, puesto que

sobresalto fue machucho,

huye, perdiendo en la fuga

su manto: fatal descuido,

que protonecio hará

al señor Piramiburro.

A los portillos se acoge

de aquel antiguo reducto,

noble ya edificio, ahora

jurisdicción de Vertumno;

alondra no con la tierra

se cosió al menor barrunto

de esmerjón, como la triste,

con el tronco de un saúco.

Bebió la fiera, dejando

torpemente rubicundo

el cendal que fue de Tisbe,

y el bosque penetró inculto.

En esto llegó el tardón,

que la ronda lo detuvo

sobre quitalle el que fue,

aun envainado, verdugo.

Llegó, pisando cenizas

del lastimoso trasunto

de sus bodas, a la fuente,

al término constituto,

y no hallando la moza,

entre ronco y tartamudo

se enjaguó con sus palabras,

regulador de minutos;

de su alma la mitad

cita a voces, mas sin fruto,

que socarrón se las niega

el eco más campanudo.

Troncos examina huecos,

mas no le ofrece ninguno

el panal que solicita

en aquellos senos rudos.

Madama Luna a este tiempo,

a petición de Saturno,

el velo corrió al melindre

y el papahígo depuso,

para leer los testigos

del proceso ya concluso

que publicar mandó el hado,

cuál más, cuál menos, perjuro:

las huellas cuadrupedales

del coronado abrenuncio,

que en esta sazón bramando

tocó a vísperas de susto;

las espumas, que la hierba

más sangrientas las expuso

que el signo las babeó,

rugiente pompa de julio;

indignamente estragados,

los pedazos mal difusos

del velo de su retablo,

que ya de sus duelos juzgo:

violos y, al reconocellos,

mármol, obediente al duro

sincel de Lisipo, tanto

no ya desmintió lo esculpto,

como Píramo, lo vivo,

pendiente en un pie a lo grullo,

sombra hecho de sí mismo

con facultades de bulto.

Las señas repite falsas

del engaño a que lo indujo

su fortuna, contra quien

ni lanza vale ni escudo;

esparcidos imagina

por el fragoso arcabuco

(¿ebúrneos diré, o divinos?:

divinos digo, y ebúrneos)

los bellos miembros de Tisbe;

y aquí otra vez se traspuso,

fatigando a Praxiteles

sobre copiallo de estuco.

La Parca, en esto, las manos

en la rueca y en el huso,

y los ojos, como dicen,

en el vital estatuto,

inexorable sonó

la dura tisera, a cuyo

mortal son Píramo, vuelto

del parasismo profundo,

el acero que Vulcano

templó en venenosos zumos,

eficazmente mortales

y mágicamente infusos,

valeroso desnudó,

y no como el otro Mucio

asó intrépido la mano,

sino el asador tradujo

por el pecho a las espaldas.

¡Oh tantas veces insulso

cuantas vueltas a tu hierro

los siglos darán futuros!

¿Tan mal te olía la vida?

!Oh bien hideputa puto

el que sobre tu cabeza

pusiera un cuerno de juro!

De vïolas coronada

salió la Aurora con zuño,

cuando un suspiro de a ocho,

aunque mal distinto el cuño

(cual, engañada, avecilla,

del cautivo contrapunto,

a implicarse desalada

en la hermana del engrudo),

la llevó donde el cuitado

en su postrimero turno

desperdiciaba la sangre

que recibió por embudo.

Ofrecióle su regazo

(y yo le ofrezco en su muslo

desplumadas las delicias

del pájaro de Catulo),

en cuanto, boca con boca,

confitándole disgustos

y heredándole aun los tractos

menos vitales estuvo.

Expiró al fin en sus labios,

y ella, con semblante enjuto

que pudiera por sereno

acatarrar un centurio

con todo su morrïón,

haciendo al alma trabuco

de un ay, se caló en la espada

aquella vez que le cupo.

Pródigo desató el hierro,

si crüel, un largo flujo

de rubíes de Ceilán

sobre esmeraldas de Muso.

Hermosa quedó la muerte

en los lilios amatuntos,

que salpicó dulce hielo,

que tiñó palor venusto.

Llorólos, con el Eufrates,

no solo el fiero Danubio,

el siempre Araxes flechero,

cuándo parto y cuándo turco,

mas con su llanto lavaron

el Bucentoro diurno,

cuando sale, el Ganges loro,

cuando vuelve, el Tajo rubio.

El blanco moral, de cuanto

humor se bebió purpúreo,

sabrosos granates fueron

o testimonio o tributo.

Sus muy reverendos padres,

arrastrando luengos lutos

con más colas que cometas,

con más pendientes que pulpos,

jaspes, y de más colores

que un áulico disimulo,

ocuparon en su huesa,

que el Syro llama sepulcro;

aunque es tradición constante,

si los tiempos no confundo

(de cronógrafos, me atengo

al que calzare más justo),

que ascendiente pío de aquel

desvanecido Nabuco,

que pació el campo medio hombre,

medio fiera y todo mulo,

en urna dejó, decente,

los nobles polvos, inclusos,

que absolvieron de ser huesos

cinamomo y calambuco,

y en letras de oro: Aquí yacen

individuamente juntos,

a pesar del amor; dos,

a pesar del número, uno.